

HOMILÍA XX DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2013

CICLO “C”

1.- Las Lecturas

* **Profeta Jeremías 38,4-6. 8-10.** El profeta Jeremías es perseguido e incompendido por su pueblo porque denuncia sus pecados. Él debe ser fiel a la misión que le ha confiado Dios.

* **Salmo Responsorial 39.** Con el salmista pidamos al Señor que venga pronto a socorrernos y ayudarnos pues estamos llenos de problemas y sufrimientos, y nos faltan las fuerzas para superarlos.

* **Carta a los Hebreos 12,1-4.** El autor sagrado nos exhorta a perseverar en la fe sobrellevando la cruz y luchando contra el pecado. Dios nos ayuda con su gracia. Corramos con perseverancia en la carrera de la fe superando la indiferencia religiosa, el ateísmo...

* **Evangelio según san Lucas 12, 49-53.** Jesús ha venido al mundo para renovarlo y purificarlo del pecado. Reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor su misericordia y su perdón. En el sacramento del perdón encontramos al Señor que nos acoge y nos perdona a través del sacerdote confesor.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Reconozcamos nuestros pecados

Como el Rey David digamos también nosotros: “yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado; contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces” (Sal.50,2).

No perdamos la conciencia de pecado que es “un drama” (Pío XII). La cultura de nuestra época fomenta y promueve el relativismo que empuja a pensar que todo es igual, que todo son opiniones.

Sabemos que al pecado no le gusta que le pongan nombre porque prefiere la oscuridad, el anonimato. Al pecado no le gusta que le señalen con el dedo porque es descubrirlo, y al pecado no le agrada ser descubierto ya que prefiere estar en la tiniebla donde reina a su gusto.

Pidamos al Espíritu Santo que nos ilumine con su luz para que descubramos nuestras faltas y pecados. Con humildad y con sinceridad, con paz y verdad, examinemos nuestra conciencia y nuestra vida a la luz de la Palabra de Dios y estaremos en disposición de descubrir nuestras faltas y debilidades, nuestras faltas y pecados. Cada uno verá el estado espiritual en que se encuentra.

Reconocer nuestros pecados es el primer paso que debemos dar en nuestro itinerario de conversión, de vuelta a la Casa del Padre, como el hijo pródigo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo” (Lc.15,21).

Junto al reconocimiento de nuestros pecados debe darse en nosotros, como todos sabemos, el arrepentimiento profundo de ellos, el propósito de la enmienda y la confesión de los mismos en el sacramento de la penitencia, donde el sacerdote–confesor nos acoge y nos perdona en el nombre y autoridad de Jesucristo. Y finalmente cumplir la penitencia.

Espero que estas palabras del Concilio Vaticano II nos iluminen: “No olviden tampoco los párrocos que el sacramento de la penitencia ayuda muchísimo para robustecer la vida cristiana; por lo cual han de estar siempre dispuestos a oír las confesiones de los fieles, llamando también, si es preciso, a otros sacerdotes que conozcan varias lenguas” (ChD 30).

2.2.- Dios nos acoge en la inmensidad de nuestros pecados

¿Qué dice Dios al pecador? Recordemos el comportamiento del Padre de la parábola que San Lucas describe con estas palabras tan entrañables y conmovedoras: “Estando el hijo todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente” (Lc.15,20).

Nos quedamos sobrecogidos contemplando la reacción y el comportamiento de Dios ante su hijo pródigo que vuelve a casa. Con vigor de padre y con entrañas de ternura de madre lo acoge, lo perdona, le pone un vestido nuevo, le prepara una fiesta y lo invita a su mesa...

¿Qué experiencia tengo yo de Dios?

Siguiendo la llamada e invitación que nos ha hecho el autor de la carta a los Hebreos en la segunda lectura de este domingo, os invito a “poner los ojos fijos en Jesucristo” (Hebr.12,2), ya que Él es la misericordia, el amor, la ternura y el perdón del Padre para la entera humanidad; también para tí y para mí. Recordemos y meditemos las palabras que San Pablo dirige a Tito: “Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestros Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo, nuestro salvador, para que justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tit.3,4-7).

En medio de tantas crisis y ante tantos anuncios y mensajes que recibimos a diario, ¿qué debemos hacer?

- * Necesitamos volver a lo esencial: Dios.
 - * Debemos ponernos a la escucha de palabras últimas que hacen bien al ser humano: las palabras de Dios.
 - * Tenemos que volver a las fuentes de la revelación divina: la Sagrada Escritura leída e interpretada en la Tradición viva de la Iglesia.
-

2.3.- ¡Oh Dios!, crea en nosotros un corazón nuevo

En este contexto de oración, de meditación..., surge en nosotros esta petición y súplica que dirigimos a Dios: “crea en nosotros un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal. 50, 12).

En este ambiente orante recordemos las palabras de Jesús a Nicodemo: “el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Jn.3,5).

Movidos por el Espíritu Santo, hagamos esta oración:

* Pidamos con confianza y humildad al Señor que nos renueve por dentro para que cada día nos parezcamos más a Él. Anhelamos, Señor, renacer de nuevo, ser “nuevas creaturas”. Queremos ser hombres y mujeres nuevos para una nueva humanidad, para una nueva creación...

* Roguemos con esperanza y paz al Espíritu Santo que nos ayude a “tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Fil.2,5). Queremos, Señor, que nuestros criterios, sentimientos, afectos sean los de Jesús que siendo rico se hizo pobre por nosotros (II Cor.8,6); que siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; que se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo; que se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (Fil.2,6-8). Por eso, Dios lo exaltó (Fil.2,9)

* Supliquemos a Dios que nos conceda la gracia de poder vivir y decir con verdad y humildad, un día y siempre, estas palabras de San Pablo: “con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí: la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,19-20).

Hagamos un alto en el camino de nuestra vida. Meditemos estos textos. Nos hará mucho bien.

¿Nuestros sentimientos son los sentimientos de Cristo?

¿Realmente Cristo vive en mí?

Hoy es tiempo propicio para dar gracias al Señor por la obra redentora, santificadora y salvadora que Él ha hecho por nosotros y en nosotros.

Hoy es tiempo favorable para rectificar en nosotros, en nuestra vida, en nuestros sentimientos, en nuestros comportamientos...todo lo que no es conforme con el designio de Dios para todos.

Hoy es tiempo oportuno para decidarnos de una vez y para siempre a ser testigos de Dios en nuestro mundo, en nuestra sociedad, en nuestras familias... Por el sacramento del bautismo hemos sido hechos por gracia de Dios un pueblo de profetas. No seamos profetas mudos. ¡No nos avergoncemos de Jesucristo ni de su Evangelio ante los demás!

Podemos terminar esta reflexión con las palabras del salmista:

“Oh Dios mío!

Vuélveme la alegría de tu salvación,
Y en espíritu de nobleza afiánzame;
Enseñaré a los rebeldes tus caminos,
Y los pecadores volverán a ti” (Sal.50,14-15).

Prosigamos celebrando la Eucaristía

“En el llevar a cabo la obra de la santificación procuren los párrocos que la celebración del sacrificio eucarístico sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana; y procuren, además, que los fieles se nutran del alimento espiritual por la recepción frecuente de los sacramentos y por la participación consciente y activa en la liturgia” (ChD 30).

3.- Enseñanzas del Papa Francisco

Pongamos a Cristo en nuestras personas y en nuestras vidas

“Hoy les digo a cada uno de ustedes: **“Poné a Cristo”** en tu vida y encontrarás un amigo del que fiarte siempre; “poné a Cristo” y vas a ver crecer las alas de la esperanza para recorrer con alegría el camino del futuro; “poné a Cristo” y tu vida estará llena de su amor, será una vida fecunda. Porque todos nosotros queremos tener una vida fecunda. Una vida que dé vida a otros. Hoy nos hará bien a todos que nos preguntásemos sinceramente, que cada uno piense en su corazón. ¡*“Poné a Cristo”* en tu vida, poné tu confianza en él y no vas a quedar defraudado! Miren, queridos amigos, la fe en nuestra vida hace una revolución que podríamos llamar copernicana, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,22), entonces y nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesús, de Dios. Amigos queridos, la fe es revolucionaria y yo te pregunto a vos, hoy: ¿Estás dispuesto, estás dispuesta a entrar en esta onda de la revolución de la fe? Sólo entrando, tu vida joven va a tener sentido y así será fecunda.

Querido joven, querida joven: **“Poné a Cristo” en tu vida.** En estos días, Él te espera: Escúchalo con atención y su presencia entusiasmará tu corazón. “Poné a Cristo”: Él te acoge en el Sacramento del perdón, con su misericordia cura todas las heridas del pecado. No le tengas miedo a pedirle perdón, porque Él en su tanto amor nunca se cansa de perdonarnos, como un padre que nos ama. ¡Dios es pura misericordia! “Poné a Cristo”: Él te espera también en la Eucaristía, Sacramento de su presencia, de su sacrificio de amor, y Él te espera también en la humanidad de tantos jóvenes que te enriquecerán con su amistad, te animarán con su testimonio de fe, te enseñarán el lenguaje del amor, de la bondad, del servicio. También vos, querido joven, querida joven, podés ser un testigo gozoso de su amor, un testigo entusiasta de su Evangelio para llevar un poco de luz a este mundo. Déjate buscar por Jesús, déjate amar por Jesús,

es un amigo que no defrauda” “Qué bien se está aquí”, poniendo a Cristo, la fe, la esperanza, el amor que él nos da, en nuestra vida. Queridos amigos, en esta celebración hemos acogido la imagen de *Nuestra Señora de Aparecida*. A María le pedimos que nos enseñe a seguir a Jesús. Que nos enseñe a ser discípulos y misioneros. Como ella, queremos decir “sí” a Dios. Pidamos a su Corazón de Madre que interceda por nosotros, para que nuestros corazones estén dispuestos a amar a Jesús y a hacerlo amar. Queridos jóvenes, ¡Jesús nos espera. Jesús cuenta con nosotros! Amén. (Homilía. Misa. Santuario Ntra. Sra. de Aparecida; 24-VII-2013).

Terminamos. Unidos en la oración

Cáceres, 12 de agosto de 2013.

Florentino Muñoz Muñoz